

Historia sonriente del bicentenario de la independencia nacional

Wilfredo Kapsoli Escudero

Universidad Nacional Mayor de San Marcos

wckapsoli@hotmail.com

Lima-Perú



Resumen

En este artículo se analizan los argumentos de cinco tradiciones de Ricardo Palma que se adscriben a una visión sonriente de la historia del Perú en el marco de los sucesos vinculados con el proceso de independencia. Se ofrece una distinción entre la noción de historia y anécdota a fin de fundamentar nuestro acercamiento a la visión risueña y a la vez crítica del gran tradicionista sobre los hechos históricos, plasmada en sus tradiciones.

Palabras clave: tradiciones del Perú independiente, Bicentenario, San Martín, Bolívar, anécdota, historia

Abstract

In this article, we analyze the arguments of five traditions of Ricardo Palma that are associated with a joyful vision of the history of Peru within the framework of the events linked to the independence process. A distinction between the notion of history and anecdote is offered in order to support our approach to the great traditionalist's playful vision of historical events, as expressed in his traditions.

Keywords: traditions of independent Peru, Bicentennial, San Martín, Bolívar, anecdote, history

Introducción

Ricardo Palma es uno de los escritores más brillantes del s. XIX peruano. Él creó el género literario de las tradiciones que, en esencia, son relatos breves contextualizados en las diversas épocas de la historia nacional desde los incas hasta la república. Sus tradiciones tienen una estructura similar en cada una de ellas y se compone de cuatro acápites:

1. El contexto histórico social en que se ubican los relatos.
2. Los personajes y la trama de las mismas.
3. El factor humanístico o satírico con que invita a la sonrisa de los lectores.
4. La conseja o moraleja, es decir, las virtudes o defectos con los que termina el relato.

En consonancia con este último punto, las tradiciones pueden ser vinculadas también con los *exempla* medievales que se escribían con fines de evangelización y de educación moral. Lo cierto es que Ricardo Palma nos ha legado más de 470 tradiciones con motivos, personajes y épocas diferentes, todas ellas con el rasgo común de ser portadoras de humor y alegría, razón por la cual, Raúl Porras Barrenechea subrayó que son historias sonrientes, típicas de la picardía criolla y limeña.



Figura 1. Ricardo Palma es uno de los escritores más brillantes del S. XIX peruano. (Fuente: <https://www.bnp.gob.pe/recorreran-los-pasos-de-ricardo-palma-cuando-fue-director-de-la-bnp/>)

En este artículo queremos dar a conocer siete historias sonrientes referidas a nuestra independencia nacional en el contexto de la celebración de nuestro bicentenario patrio. La elección la hemos hecho rescatando distintos temas que lindan con la anécdota y la historia, nociones sobre las que nuestro maestro Carlos Aranibar (2013) ha escrito un esclarecedor ensayo donde precisa algunas características esenciales de ambas. Señala Aranibar que las anécdotas se caracterizan por su brevedad y ligereza y, por tanto, su lectura es fascinante; mientras que la historia transmite verdades documentadas que hacen su lectura más densa o pesada, de modo tal que los textos son áridos y hasta soporíferos, en tanto que las anécdotas son breves, ágiles e invitan a la sonrisa o la carcajada según el caso (p. 132).

Cinco historias sonrientes

Las cinco tradiciones sobre las que disertaremos son «Los Brujos de Shulcahuanga», «El Padre Pata», «Doña Rosa Campusano (“La Protectora”)», «Con días y ollas venceremos» y «Las tres etcéteras del Libertador». En

ellas resaltaremos la imbricación entre anécdota e historia tal como la expuso Aranibar.

«Los Brujos de Shulcahuanga»

Por los años de 1818 corría el rumor de que en las partes altas de Huamachuco vivían brujos y brujas y que ellos difundían proclamas y pasquines con lenguajes groseros contra los españoles. También pintaban caricaturas representando al rey Fernando VII de hinojos ante Túpac Amaru. Asimismo, condenaban la tiranía de los conquistadores y el odioso tributo de la *Mita* minera, excitando a los pueblos a revelarse contra la corona española. Sus textos también contenían poemas y versos como los siguientes:

Al fin, al fin,
va a llegarle a los godos
su San Martín (Palma, 1953, p. 933).

Y contra el padre Pedro José de Soto, quien después de la misa sermoneaba a los indios amenazando con la excomunión si apoyaban a los patriotas, le clavarón en la puerta de su casa un cartelón que decía:

No se mete en honduras,
padre vicario,
y ocúpense tan solo
de su breviario.
¡Soto! ¡Sotito!,
ya que desollaremos
como a cabrito (p. 933).

Pasquines parecidos se difundieron contra don Ramón Noriega, hacendado y político de la zona. Uno de ellos decía:

Antes de hacerte el difunto,
Godo, regodo, archigodo,
Te haremos bailar por codo
Y atado codo con codo
el punto y el contrapunto (p. 933).

En esta tradición también se menciona que los indios de Huamachuco mostraban su apoyo y entusiasmo ante las noticias de los insurgentes del Río de la Plata que se embarcaban hacia el Perú. Recalcaban «Esta tierra es nuestra, muy nuestra, de los peruanos y no de los españoles [...] ¡Abajo la tiranía y viva la libertad!» (pp. 933-934). Estos hombres patriotas estaban armados con palos y hondas y fueron reprimidos por soldados españoles armados con escopetas, carabinas y pistolas, quienes dieron muerte al líder del alzamiento, que se hacía llamar José Luz de la Verdad y era agente

y compañero de otros partidarios de la independencia americana.

El general don José de San Martín en el Congreso de 1823, conociendo estas tentativas revolucionarias, declaró a Huamachuco como *muy noble y fiel ciudad*.

«El Padre Pata»

Cuando el general don José de San Martín desembarcó en Pisco en 1820 con el ejército patriota a concretar la independencia americana, no faltaron obispos y sacerdotes que predicaban atrocidades en contra de la causa libertadores y sus caudillos. Así, el franciscano Fray Matías Zapata, quien era «un godo de primera agua», predicaba a los feligreses después de la misa dominical para que se mantuvieran fieles a la causa del Rey, y en relación al generalísimo se refería diciendo:

Carísimos hermanos: Sabed que el nombre de ese pícaro insurgente San Martín es por sí solo una blasfemia, y que está en pecado mortal todo el que lo pronuncie, no siendo para execrarlo. ¿Qué tiene de santo ese hombre malvado? ¿Llamarse San Martín ese sinvergüenza, con agravio del caritativo santo San Martín de Tours, que dividió su capa entre los pobres? Confórmese con llamarse sencillamente Martín y le estará bien, por lo que tiene de semejante con su colomboño el pérfido hereje Martín Lutero, y porque, como éste, tiene que arder en los profundos infiernos (Palma, 1953, pp. 948-949).

«Era ella una señora que frisaba en los cincuenta, de muy simpática fisonomía, delgada, de mediana estatura, color casi alabastrino, ojos azules y expresivos, boca pequeña y mano delicada. Veinte años atrás debió haber sido mujer seductora por su belleza y gracia y trabucado el seso a muchos varones en ejercicio de su varonía.»

Pocas semanas después, el generalísimo trasladó su ejército hacia el Norte de Lima y al enterarse de aquella prédica en su contra y al encontrarse con el cura franciscano le preguntó: «¿es cierto que me ha comparado usted con Lutero y que le ha quitado una sílaba a mi apellido?» (p. 949). Al padre Zapata le entró temblor de nervios y apenas pudo enhebrar palabras y excusas. Pero el general subrayó:

No me devuelva usted nada y quédese con ella [...], pero sepa usted que yo, en castigo de su insolencia, le quito también la primera sílaba de su apellido, y entienda que lo fusilo sin misericordia el día que se le ocurra firmar Zapata. Desde hoy no es usted más que el padre Pata (p. 949).

El narrador nos termina contando que esta advertencia habría persistido hasta 1823, porque todas las partidas de nacimiento y de defunción de Chancay solo llevaban la firma del padre Matías Pata; posteriormente, don Simón Bolívar le devolvió el uso de la sílaba eliminada.

«Doña Rosa Campusano (“La Protectora”）」¹

Cuando Palma era estudiante en la etapa de la secundaria tenía un amigo cuya madre había sido apodada como la Protectora: ella había nacido en Guayaquil y se llamaba Rosa Campusano. Cuando el amigo de la adolescencia se la presentó

Era ella una señora que frisaba en los cincuenta, de muy simpática fisonomía, delgada, de mediana estatura, color casi alabastrino, ojos azules y expresivos, boca pequeña y mano delicada. Veinte años atrás debió haber sido mujer seductora por su belleza y gracia y trabucado el seso a muchos varones en ejercicio de su varonía (Palma, 1953, p. 952).

Doña Rosita había sido una entusiasta partidaria de la causa libertaria y desde que don José de San Martín desembarcó en Pisco se puso inmediatamente en contacto con él. Posteriormente, los encantos de doña Rosa acabaron cautivando al libertador que llegó a conquistarla. Aunque

Sus relaciones con la Campusano fueron de tapadillo. Jamás se le vio en público con su querida; pero como nada hay oculto bajo el sol, algo debió traslucirse, y la heroína quedó bautizada con el sobrenombre de la Protectora (pp. 953-954).

¹ En la edición de Calpe de 1958 esta tradición aparece titulada como «La Protectora y la Libertadora».



Luego, cuando San Martín estableció como gobierno el protectorado, creó la Orden del Sol con la que fue distinguida su favorita, la Campusano. Esta banda llevaba en letras de oro la descripción siguiente: «Al patriotismo de las más sensibles». «Paréceme —remata Palma— que en los albores de la independencia la sensiblería estuvo muy a la moda» (p. 954).

Esta condecoración fue en razón de su colaboración a la causa libertadora. De este modo, «en la hora de la recompensa y de los honores, no era lícito agraviarla con ingrato olvido. Con el alejamiento de San Martín de la vida pública se eclipsa también la estrella de doña Rosa Campusano» (p. 954). La protectora murió en Lima por los años de 1858 a 1860, aunque no se conoce la fecha exacta de su desenlace.

Giuseppe Bellini (2011), en un ensayo sobre la etapa de la Independencia, hace un examen comparativo de este personaje con la Libertadora, Manuela Sáenz. Allí sostiene que la Campusano era una mujer muy femenina y maternal. Mientras que la Sáenz, amante de Simón Bolívar, tenía carácter fuerte a pesar de las debilidades de su sexo. Bellini se fundamenta en lo escrito por Palma:

La *Protectora* amaba el hogar y la vida muelle de la ciudad; y la *Libertadora* se encontraba como en su centro en medio de la turbulencia de los cuarteles y del campamento. La primera nunca paseó sino en calesa. A la otra se la vio en las calles de Quito y en las de Lima cabalgada a manera de hombre en brioso corcel, escoltada por dos lanceros de Colombia y vistiendo dolmán rojo con brandeburgos de oro y pantalón bombacho de cotonía blanca.

La Sáenz renunciaba a su sexo, mientras la Campusano se enorgullecía de ser mujer (1953, p. 962).

Otros detalles que enfatiza Bellini es que la Protectora tenía tendencia al lujo y el gusto por los perfumes refinados, mientras que la Libertadora se adornaba con sencillez por haber sido educado por las monjas y, por tanto, era una devota creyente (pp. 41-42). A su vez, Ricardo Palma afirmaba que existía una distancia intelectual entre la protectora y la libertadora:

¡Qué contraste con las aficiones de doña Manuela! Ésta leía a Tácito y a Plutarco; estudiaba la historia de la península en el padre Mariana, y la de América en Solís y Garcilaso; era apasionada de Cervantes, y para ella no había poetas más allá de Cienfuegos, Quintana y Olmedo. Se sabía de coro el Canto a Junín y parlamentos enteros del Pelayo, y sus ojos, un tanto abotargados ya por el peso de los años, chispeaban

«El comerciante para disimular cualquier sospecha delante de las autoridades exclamaba: «¡Viva el Rey! ¡Muere la Patria!». En los años de la independencia es interesante señalar que eran los vendedores ambulantes los que marcaban las horas del día y de la noche.»

de entusiasmo al declamar los versos de sus vates predilectos. En la época en que la conocí, una de sus lecturas favoritas era la hermosa traducción poética de los Salmos por el peruano Valdez (1953, p. 963).

Bellini llama a atención sobre esta profundización por parte de Palma de la distancia intelectual entre ambas mujeres (p. 42). Finalmente, el crítico italiano transcribe el epitafio de doña Manuela escrito por Neruda:

Esta fue una mujer herida:
en la noche de los caminos
tuvo por sueño una victoria,
tuvo por brazo el dolor,
tuvo por amante una espada (Bellini, 2011, p. 44).

«*Con días y ollas venceremos*»

A principios de junio de 1821, San Martín había ordenado al ejército patriota en Huaura utilizar el siguiente santo y seña: «¡Con días —y ollas— venceremos!». Según la tradición oral, esta consigna se ve inspirada en las labores de espionaje y envío de cartas utilizando utensilios de cocina en barro cocido; fue una inspiración misteriosa y repentina de don José de San Martín haciendo gala de su genio e inteligencia. El alfarero era un indio entrado en años y de espíritu despierto, gran partidario de los patriotas. Él fabricaba ollas con doble fondo tan diestramente preparado que el ojo más experto no pudiera descubrir la trampa.

El indio hacía semanalmente un viajecito a Lima, conduciendo dos mulas cargadas de platos y ollas de barro [...]. Entre estas últimas, y sin diferenciarse ostensiblemente de las que componían el resto de la carga, iba la *olla revolucionaria*, llevando en su doble fondo importantísimas cartas en cifra (Palma, 1953, p. 959).



El comerciante para disimular cualquier sospecha delante de las autoridades exclamaba: «¡Viva el Rey! ¡Muere la Patria!». En los años de la independencia es interesante señalar que eran los vendedores ambulantes los que marcaban las horas del día y de la noche. Así la lechera indicaba las seis de la mañana, la chichera las siete, el bizcochero las ocho, la vendedora de zambito las nueve, la tamalera las diez, la vendedora de chancaquita de maní y frejoles las once. Las doce del día lo marcaba el fondero; la una el alfajorero, las dos la picaronera, las tres el melcochero, las cuatro la picantera, las cinco el de las caramanducas, las seis el galletero, a las siete la mazamorrera, a las ocho el heladero, a las nueve venía el toque del sacristán de las parroquias pidiendo limosnas para las almas benditas del purgatorio. Finalmente, el sereno del barrio cantaba: «¡Ave María purísima! Las diez han dado ¡Viva el Perú, y sereno!».

Estas costumbres e ironías las conocían de cerca los políticos de la época como Francisco de Luna Pizarro y el mismo José de la Serna.

Finalmente hay que señalar que

La victoria codiciada por San Martín era apoderarse de Lima sin quemar pólvora; y merced a las ollas que llevaban en el vientre ideas, más formidables siempre que los cañones modernos, el éxito fue tan espléndido, que el 28 de julio se juraba en Lima la Independencia y se declaraba la autonomía del Perú. Junín y Ayacucho fueron el corolario (Palma 1953, pp. 961-962).

«Las tres etcéteras del Libertador»

A fines del mes de mayo de 1824, el gobernador de Caraz recibió una carta para que «sin pérdida de tiempo» recabe reces, alimentos y forraje para la caballería más un alojamiento para su excelencia el Libertador Simón Bolívar. Para él debería alistar un cómodo y decente alojamiento «con buena mesa, buena cama y etcétera, etcétera, etcétera» (Palma, 1953, p. 1012).

Era conocido los gustos sibaríticos de Bolívar, tema que nadie discutía, pues, como decía Marcelino Menéndez

«Morena del alma mía,
Morena, por tu querer
pasaría yo la mar
en barquito de papel.»

«de las flores, la violeta;
de los emblemas, la cruz;
de las naciones, mi tierra,
y de las mujeres, tú.»

y Pelayo: «La Historia saca partido de todo y no es grave encontrar en lo pequeño la revelación de lo grande» (Palma, 1953, p. 1012).

Lógico era entonces que para satisfacer la estancia de Don Simón se cumpliera con dicho requerimiento

como las pulgas se hicieron, de preferencia, para los perros flacos, estas tres etcéteras dieron mucho en que cavilar al bueno del gobernador, que era hombre de los que tienen el talento encerrado en jeringuilla y más tupido que caldos de habas (Palma, 1953, p. 1012).

El gobernador de Caraz dudaba el significado literal de etcétera y convocó a su amigo Jacobo Campos, quien a su vez le preguntó si sabía lo que significaba etcétera en castellano. Como era un hombre ilustrado en el latín, el gobernador dijo que significaba «y los demás». Respondió don Jacobo: «Pues entonces, lechuga, ¿por qué te arrugas? ¡Si la cosa está más clara que el agua de puquio! ¿No se ha fijado usted en que esas tres etcéteras están puestas a continuación del encargo de buena cama?» (p. 1013). El primero retrucó que el jefe de Estado Mayor que remitía la carta debía haber escrito «Como Cristo nos enseña: pan, pan y vino, vino y no fatigarme y que le adivine el pensamiento» (p. 1013).

Para cumplir con aquella solicitud, el gobernador convocó a las muchachas más bellas y esbeltas del lugar para que el libertador se vea «bien servido siempre que las chicas sean como para cena de nochebuena». Según uno de los pobladores principales del lugar, el paladar erótico de Bolívar era como el de aquel bebedor de cerveza a quien su criado le preguntaba «¿Qué cerveza quiere usted que le sirva, blanca o negra? “Sírvamela mulata”». Es conocido también que las mujeres salvaron siempre la vida del libertador y como sucedió en Jamaica en 1810 con Luisa Crober, preciosa joven a quien podía cantársele diciendo:

Morena del alma mía,
Morena, por tu querer
pasaría yo la mar
en barquito de papel (p. 1013).



Figura 2. Las tradiciones tienen una estructura similar compuesta por cuatro acápites: el contexto histórico social, los personajes y la trama, el factor humanístico o satírico y la conseja o moraleja. (Fuente: <https://www.iberlibro.com/primer-edicion/Tradiciones-Peruanas-Tomo-Please-feel-free/11846838971/bd>)

Posteriormente, en Bogotá, cuando tuvo que huir ayudado por las mujeres ante sus posibles asesinos que lo buscaban por todas partes. La fama de mujeriego en Bolívar hizo que si encontrara una que sería elegida, se le podía cantar esta copla:

de las flores, la violeta;
de los emblemas, la cruz;
de las naciones, mi tierra,
y de las mujeres, tú (p. 1014).

La paradoja de estas preocupaciones de las autoridades y damas de Caraz es que no llegó a concretarse porque a pesar de haber elegido a Manolita Madroño, una chica de 18 años creada por Dios para la alegría de los hombres, el Libertador Simón Bolívar no llegó a este pueblo, dirigiéndose a otro lugar del Callejón de Huaylas.

Finalmente, el gobernador comentaba hacia 1882:

La culpa no fue mía, sino de quien en el oficio no se expresó con la claridad que Dios manda:

Y no me venga un cualquiera
con argumentos al aire,
pues no he de decir *Volter*
donde está escrito Voltaire (p. 1015).

En suma, concluye, «las tres etcéteras» para los buenos entendedores significan tres muchachas y «De aquí no apego ni a balazos». Es decir, nuestra autoridad se reafirma en los mandatos que había recibido para hacer placenteros los días y las noches de Simón Bolívar en la ciudad de Caraz.

Epílogo

Las cinco tradiciones que hemos comentado constituyen un pequeño muestrario que podríamos compaginarlo con el dicho que reza: «Para muestra basta un botón». Aunque a decir verdad, Ricardo Palma nos ha dejado más de cincuenta tradiciones en torno a personajes y episodios referidos a la etapa final de la independencia peruana que lograron nuestros libertadores con la proclamación de don José de San Martín el 28 de julio de 1821 y que se consolidó con las batallas Junín y Ayacucho liderados por don Simón Bolívar y Antonio José de Sucre en 1824.

Referencias bibliográficas

- Araníbar, C. (2013). «Anécdota e historia». En *Historia, literatura, música*. Lima: Biblioteca Nacional del Perú.
- Bellini, G. (2011). «Estampas de la Independencia en las Tradiciones de Ricardo Palma», En: *Philología Hispalensis* N°25, año 2011.
- Núñez, Edu. (1964). *Bolívar, Ayacucho y los tradicionistas peruanos*. Lima: Ed. Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú.
- Palma, R. (1953). *Tradiciones peruanas completas*. Madrid: Aguilar.
- Porras Barrenechea, R. (1963). «El criollismo de Palma». En *Tradiciones peruanas*, selección y prólogo de Raúl Porras, Lima: Populibros Peruanos.
- Tamayo Herrera, A. (1971). «Rebeldía e Independencia en el Perú a través de las Tradiciones de Palma». En *Boletín de la Academia Peruana de la Lengua*. N°6, Lima.

Recibido el 5 de octubre de 2021
Aceptado el 20 de octubre de 2021